

Aprovechar bien el tiempo

Uno de los grandes desafíos que ha tenido la ciencia ha sido definir el concepto de «tiempo». Un concepto que parece tan simple, pero que al mismo tiempo es tan complejo y está cargado de implicaciones tremendas.

En nuestro planeta nada escapa al paso del tiempo. Y es que apañe del amor de Dios no hay otro aspecto que esté tan íntimamente ligado a la experiencia de todos los seres humanos como lo es el tiempo.

El sabio Salomón en su sabiduría escribió: «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora» (Ecl. 3:1). En nuestra esfera, el tiempo es vida. Esto es precisamente lo que Moisés quería reflejar en su oración cuando dijo: «Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años; con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos» (Sal. 90: 10, RV60).

Debido a lo dicho anteriormente, una de las tentaciones más funestas a las que nos vemos sometidos los seres humanos, es la tentación a subvalorar y perder el tiempo. Desperdiciar el tiempo es desperdiciar la vida misma. La mensajera del Señor al respecto nos dice: «El valor del tiempo sobrepasa todo cómputo. Cristo consideraba valioso todo momento, y así es como debemos considerarlo nosotros. La vida es demasiado corta para que se la disipe. No tenemos sino unos pocos días de gracia y hemos de usarlos a fin de prepararnos para la eterni-

dad. No tenemos tiempo para perder, ni tiempo para dedicar a los placeres egoístas, ni tiempo para entregarnos al pecado. Es ahora cuando hemos de formar caracteres para la vida futura e inmortal. Es ahora cuando deberíamos prepararnos para el juicio investigador» (Palabras de vida del gran Maestro, cap. 25, pp. 280, 281).

Es bueno que nos detengamos y analicemos qué estamos haciendo con nuestro tiempo. ¿Cómo lo estamos inviniendo? La respuesta a estas preguntas tiene serias implicaciones para nuestra salvación y la de nuestra familia. «Nuestro tiempo pertenece a Dios. Cada momento es suyo, y nos hallamos bajo la más solemne obligación de aprovecharlo para su gloria. De ningún otro talento que él nos haya dado requerirá más estricta cuenta que de nuestro tiempo» (ibid).

El tiempo perdido jamás se vuelve a recuperar. Lo mejor que podemos hacer es invertir bien el tiempo que nos queda. ¡Invertir el tiempo en nuestra preparación para el reino de los cielos y en el servicio a Dios y a nuestro prójimo, es invertirlo bien!

Nuestro Padre celestial nos invita a aprovechar bien el tiempo. ¡Dios nos bendiga!